

ACEITE DE PALMA

Poseer es para pocos

La novela de Lluçia Ramis, presentada hace unos días en Palma, se titula 'Les Possessions', un sintagma que resume el modo isleño de relacionarse con el pasado y la tierra



NADAL SUAU PALMA
Lluçia Ramis (Palma, 1977) ha escrito una novela importante, tremenda, sobre Ma-

llorca y nuestra relación con las desapariciones: fragmentos de nuestra vida, encarnaciones del amor, estancias míticas de la infancia, tradiciones, bloques enteros de léxico compartido... Todo desaparece al fin, o se transforma en fantasma; nosotros sólo podemos escoger, a duras penas, si imaginamos ese fantasma como tutelar o maldito. La novela se titula *Les Possessions* (Anagrama; hay versión castellana en Libros del Asteroide), un sintagma que resume el modo isleño de relacionarse con el pasado y la tierra. Poseer es una forma de certeza avara pero tangible, certificada. Por eso mismo, también es negociable: aquello que se posee puede cambiar de manos en un arrebato comercial. En el origen de las familias mallorquinas están las posesiones, esto es, la tierra, el hogar; en su final, suele estar la herencia de su venta, repartida a la greña.

La voz de Ramis aparece en estas páginas vulnerable, buscando su lugar en el rizoma familiar, como hacía un personaje fugaz e inolvidable de su anterior novela, *Tot allò que una tarda morí amb les bicicletes*: aquella prima lejana, enferma, condenada a una vida breve, que señalaba el árbol genealógico de su linaje reproducido en un panel y constataba con neutralidad, «je ne sui pas là». No estoy aquí, han olvidado ponerme. La narradora de *Les Possessions* regresa desde Barcelona a una isla en la

que ya no tiene casa, porque la posesión familiar ha sido vendida. Entonces, seguro que le tiente vaciarse de expresión para, hecha máscara, decir: «Je ne sui pas là». No estoy aquí. Pero en vez eso, nos habla de un padre que tiene demasiada razón como para no enloquecer, o de los modos en que enamorarse conduce a vías

mediante la escritura. En cambio, la escritora escribe para otra cosa, o al menos logra otra cosa al escribir: que todo esté perdonado y merezca llorar como llora su protagonista cuando el libro se cierra.

Pero las posesiones: sospechar que en esa palabra y su plural se encierran Mallorca y Palma. Antes de

pasos fue una posesión y ahora es un hospital público, aunque por el camino alguien logró transmutar parte de Son Espases en posesión propia, privada, monetaria. E ilegítima. Rascas en la historia palmesana de una posesión y encuentras corrupción, qué cosas. El caso es que hemos dejado el coche en el descampado gratuito



Barrera de acceso al parking del hospital de Son Espases. JORDI AVELLÀ

muertas, o de cómo la corrupción define a nuestra generación, por mucho que ahora hagamos creer a nuestros contactos en Facebook que nos creímos el grunge y no pensamos sólo en estar aquí (donde sea). Los personajes de Ramis no paran de justificarse y engañarse, pobres,

escribir estas líneas, he acompañado a una mirada herida por mezquindades ajenas al hospital de Son Espases, para ser revisada a través de un preciso fondo de ojo (¿no hay algo arbóreo también en los vasos sanguíneos de la retina, y algo terroso en los pliegues de la córnea?). Son Es-

de Son Serra Parera, y luego hemos remontado el Camí dels Reis a pie. Mola que nos empeñemos en boicotear el aparcamiento hiperbólico y caro del Hospital haciendo ese paseo aunque sea peligroso, tanto que los copilotos de los coches que pasan podrían darnos una colleja con solo

estirar el brazo. También mola que, en ese camino, un anuncio del gimnasio Megasport anuncie 'Un estilo de vida' y nos invite a 'Unirnos al movimiento' con la prisión en la que duerme su propietario, el ínclito **To-lo Coursach**, al fondo. Ya nos conformamos con chistes, qué quieren.

Ese paseillo de Son Serra Parera a Son Espases encierra un máster gratuito de Urbanismo y otro de Historia de Palma: La Real a un lado, al otro la cárcel, con la nave espacial de Son Espases arbitrando, y formas moderadas de dispartate inmobiliario salpicando un paisaje lleno de lagunas sin edificar. No sabes a dónde mirar, tal vez a los grafitis imposibles que animan a la policía a joderse, tal vez al puente a lo Mapfre que conduce en dirección a la UIB, o a la silueta lejana de Ocimax. Aquí, Palma podría ser cualquier sitio del mundo, y La Real sigue siendo patrimonio, claro, pero ya sólo es patrimonio. Leo en Facebook que el próximo 13 de abril se presentará el libro *Temps enrere*, de **Carne Feliu Quadreny** (Leonard Muntaner, Ed.), un repaso a la infancia de la autora en Son Espases Nou, que no es Son Espases Vell pero forma parte de la misma historia y del mismo presente. Los tiempos siempre quedan atrás, las desapariciones siempre se producen: no sé si hay mucho que llorar en ello, aunque aún no he leído el libro de Feliu. Tampoco sé si rescatar o condenar Son Espases, si imaginarlo como un fantasma tutelar o uno maldito: un buen fondo de ojo a cambio de 16 meses de inhabilitación y cuatro años de cárcel para **Jaume Matas**, si hay condena. La narradora de *Les Possessions* se pregunta a quién pertenecen las casas, y luego se responde: «Sempre, sempre, al passat i als seus fantasmes». Con la construcción del hospital, desapareció el escudo de la familia Espases, un signo de siglos volatilizado en una legislatura. ¿Recuerdan que **Jaume Sisa** nos invitaba a entrar a su casa con un ácrata «sí es que hi ha cases d'algué»? Poseer es para pocos, un fantasma para casi todos.